

dejando de glorificar á Dios con admiracion de todos. Por fin, por orden del presidente, en 12 de febrero rindió su cabeza bajo la segur, y ornada con la doble corona de la virginidad y del martirio voló su alma pura como una paloma, á gozar en el cielo de su triunfo, mientras que los cristianos dieron honorífica sepultura á su cuerpo fuera de las murallas de Barcelona.

5. Consta de las antiguas Crónicas que en el año de 989 se daba ya culto á santa Eulalia en un templo estramuros de Barcelona por la parte de Levante, que antes habia estado dedicado por los gentiles á Venus, diosa de la prostitucion. Esta iglesia se llamaba de santa Eulalia del campo, y está tan distante de ser esta santa Eulalia de Barcelona la misma que se conoció despues por santa Eulalia de Mérida ó Emeritense, que, segun observa muy juiciosamente el célebre cronista Pujades en el lib. 44, cap. 48 de su Crónica universal del Principado de Cataluña, consta que de santa Eulalia de Mérida en esta provincia Tarraconense no se tuvo noticia clara hasta que cierto conde de Rosellon (cuyo nombre se ignora), cerca los años de 1010, conforme quiere el P. Domenech, trajo sus santas reliquias en la ciudad de Helna. Las de santa Eulalia de Barcelona fueron despues trasladadas á su catedral, en donde se veneran en una capilla magnífica debajo de su altar mayor, lugar en donde en las antiguas basílicas solian venerarse los cuerpos de los mártires.

§ XLV.

S. ALBANO Y OTROS MARTIRÈS.

*Siendo breves pero bellos y notables los siguientes relatos de algunos Mártires, se continuan en un mismo párrafo.*

I. DE S. ALBANO.

1. Albano era ingles y pagano de religion, pero mientras ardia la persecucion del emperador Diocleciano, tuvo la buena suerte de recoger en su casa á un buen eclesiástico, que huía de sus perseguidores. Observando Albano la santa vida de su huésped, que estaba cuasi siempre en oracion, era parco en la comida, humilde, manso, y sabiendo que era cristiano, le rogó que le instruyese en su ley. Él entonces le hizo conocer la extravagancia de la idolatría, y la verdad de la ley de Jesucristo, y Albano, iluminado por la gracia, abrazó la fé de Jesucristo.

2. Súpose despues que aquel eclesiástico, á quien buscaban sus enemigos, estaba en casa de Albano, y al momento el gobernador mandó prenderle; mas al venir los soldados, Albano le hizo salir secretamente de casa, y poniéndose sus vestidos se presentó al gobernador, que á la sazón estaba ofreciendo un sacrificio á sus dioses, y viendo á Albano vestido de aquel modo, y sabiendo que se habia hecho cristiano, le amenazó que si no dejaba aquella religion le haria sufrir los mismos tormentos que tenia preparados á aquel cuyos vestidos lle-

vaba. Respondió el Santo que jamás dejaría aquella fé que habia conocido ser la única verdadera. El juez le mandó entonces azotar desapiadadamente, pero Albano sufrió aquel tormento, y todos los demas que despues se le añadieron, con tanta alegría, que desesperando el gobernador de doblegarle á sus persuasiones, le mandó cortar la cabeza.

3. El Santo caminaba al suplicio como á una fiesta; mas al llegar á la orilla del rio que debia atravesar para ir al lugar destinado para la ejecucion, se halló tan ocupada por la multitud que habia allí acudido, que no era posible llegar al puente antes de la noche. Pero anhelando el Santo dar presto la vida por Jesucristo, hizo oración á Dios, y las aguas se dividieron dejando un vado para pasar á la ribera opuesta. A tan estupendo prodigio se convirtió el verdugo que habia de decapitar al Santo, y confesando á Jesucristo, mereció conseguir junto con S. Albano la corona del martirio.

## II. DE S. PEDRO.

1. En la persecucion de Decio en Lampsaco, ciudad del Helesponto, un jóven llamado Pedro, fué presentado al procónsul: oyendo este que aquél era cristiano, le mandó que sacrificase á la gran diosa Venus. Respondió Pedro: — Me asombro de que me mandeis sacrificar á una muger, cuyas impurezas no pueden referirse sin insultar el pudor. Los sacrificios no han de ofrecerse sino al verdadero Dios. — A tal contestacion el tirano le hizo estender y atar en una rueda, que girando por sobre algunos maderos colocados al rededor, quedó el Santo con todos los huesos quebrantados; y levantando

los ojos al cielo, despues de aquel tormento, dijo: — Gracias os doy, Jesucristo Dios mio, que me haceis padecer por vuestro amor. Y viendo el procónsul aquella constancia del Santo, le hizo cortar la cabeza.

## III. DEL NIÑO S. CIRILO.

1 S. Cirilo fué de Cesarea, y todavía muy niño, por ser cristiano, fué maltratado por su padre idólatra, y echado de casa. Sabiendo esto el juez llamó á Cirilo, y oyendo que pronunciaba á menudo el nombre de Jesus, le dijo que si no le pronunciaba mas, le haría entrar otra vez en la casa paterna. Mas respondió el santo niño: — Contento estoy de haber sido echado de mi casa, porque hallaré otra mas grande en el cielo; ni tengo miedo de la muerte, pues ella me hace conseguir una vida mejor. — El juez para intimidarle, le hizo atar, como para ser llevado á la muerte, pero con órden secreta al verdugo que no le tocara. Cirilo fué llevado junto á un grande fuego: allí se le amenazó que le echarian á las llamas, pero él se mostró pronto á perder la vida. Despues volvió el juez á llamarle y le dijo: — Hijo mio ¿has visto el fuego? deja pues de ser cristiano si quieres retirarte á casa de tu padre y gozar de sus bienes. — Respondió Cirilo: — No temo el fuego, ni la espada, y suspiro por una casa mas digna de desearse y por unas riquezas mas duraderas que las de mi padre. Dios es el que me ha de recibir en su celeste palacio. Hacedme morir luego, para que vaya á encontrarle.

2. Lloraban los circunstantes al oírle hablar así, mas él les decia: — Vosotros no debierais llorar sino ale-

graros y animarme á padecer, para que así pueda volar á la mansion, que yo deseo. — Y firme en estos sentimientos sufrió la muerte con alegría. Ruinart refiere las actas de este martirio.

IV. SANTA POTAMIANA.

1. Añadamos ahora el martirio de santa Potamiana que hizo una fin la mas gloriosa. Esta santa vírgen tenia por madre una muger cristiana llamada Marcela, que ponía el mayor esmero en educar á su hija en el santo temor de Dios. Santa Potamiana habia nacido esclava; y como Dios la habia dotado de una rara belleza, su señor, que era pagano y hombre disoluto, cobró por ella una loca pasion, y muchas veces la provocó á actos de impureza. Pero la Santa le rechazaba siempre con indignacion; y viéndose burlado el impúdico, recorrió al prefecto de Egipto y le prometió gran cantidad de oro si la reducía á satisfacer sus brutales deseos, y de lo contrario, le rogó que le hiciese dar la muerte por cuanto era ella cristiana.

2. El prefecto, que se llamaba Arla, hizo presentar ante sí á Potamiana, y mostrándole los instrumentos preparados para el suplicio si no obedecia sus órdenes, le mandó que contentase á su señor, y apuró todos sus esfuerzos para vencerla. Mas la Santa manifestóse siempre intrépida é inflexible en rechazar aquellas inicuas exigencias, y echando en rostro al prefecto su iniquidad, le dijo: — ¿Cómo pudiera hallarse jamas un juez tan injusto, que me condene porque no quiero satisfacer los deseos de un impúdico? — Airado Arla por aquella negativa, y mucho mas por el reproche, adoptó contra

ella un suplicio el mas cruel, pues mandó poner al fuego una gran caldera llena de pez, y cuando esta hervia, ordenó que la santa vírgen fuese sumergida en ella. Entonces le rogó santa Potamiana que debiendo morir de aquel modo, le hiciese la gracia de no hacerla sumergir de repente en el caldero, sino poco á poco, á fin de que lograse así padecer algo mas por el amor de su esposo crucificado, añadiendo estas palabras que dirigió al tirano. — Y así verás cuan grande es la paciencia que da á sus siervos aquel Jesueristo á quien tú no conoces. — El prefecto, conmovido quizas por la generosa súplica de la santa y jóven vírgen, condescendió á su ruego, y mandó á los soldados que la metiesen en el caldero de la manera que ella habia pedido. Encargó con especialidad la ejecucion de aquella bárbara sentencia á un soldado llamado Basilides, el cual, aunque hiciese ejecutar la sentencia, con todo tuvo la atencion de hacer apartar algunos jóvenes insolentes que en aquel apuro anhelaban insultar á la Santa, y entonces Potamiana dijo á aquel soldado que despues de la muerte rogaría á Dios por él. Por fin fué puesta la Santa dentro del caldero hirviendo primero de pies y luego lo restante del cuerpo; y, como refiere el padre Orsi, duró el tormento por mucho tiempo; pero cuando la pez llegó al cuello, espiró la Santa, y voló su hermosa alma al paraíso á abrazarse con su Dios, por cuyo amor tan dolorosa muerte habia sufrido. Sucedió este martirio en el año 210 en la ciudad de Alejandría, y por aquel mismo tiempo murió quemada viva su virtuosa madre Marcela.

3. Santa Potamiana, tres dias despues de su muerte, apareció resplandeciente de gloria al soldado Basilides,

y poniéndole una corona en la cabeza, le dijo : — He rogado por tí á mi Dios, á quien ya poseo : sábeta que pronto te admitirá en la gloria de la cual me ha hecho ya participante. — El suceso justificó la verdad de aquella vision ; pues Basilides abrazó la fé cristiana y recibió el bautismo, y despues le fué cortada la cabeza por órden del prefecto. Las actas del martirio de santa Potamiana se hallan en Ruinart, y las menciona Tillemont en sus noticias eclesiásticas.

V. S. NICANDRO Y S. MARCIANO.

1. Estos dos Santos que eran soldados, solo porque eran buenos cristianos fueron delatados al gobernador Máximo, en tiempo de la persecucion de Maximiano. Presentados ante el gobernador, este les obligaba á sacrificar, pero respondió Nicandro : — Esta órden no comprende sino á los que quieren sacrificar, pero nosotros, siendo cristianos, no podemos cumplirla. — Y Máximo replicó : — Mas ¿porqué rehusais hasta recibir el dinero que os toca por vuestro destino ? — Y replicó el Santo : — No podemos recibirle porque el dinero de los impíos es peste para los que sirven á Dios. — A lo menos, añadió Máximo, ofreced incienso á los dioses. — ¿Y cómo puede un cristiano, respondió el Santo, abandonar el verdadero Dios para adorar las maderas y las piedras ? ¿Y cómo puede tributar á estas el culto que solo á Dios se debe ?

2. Presente estaba á este diálogo, Daria, esposa de Nicandro, la cual animada por el espíritu de Dios, dijo al marido : — Nicandro, guárdate de obedecer al gobernador : no quieras renunciar á Jesucristo : acuér-

date de aquel Dios á quien prometiste guardar fidelidad: él es tu protector. — Entonces exclamó Máximo : — Malvada muger, ¿porqué procuras la muerte de tu marido ? — Y respondió Daria : — Sí, la procuro para que pronto posea la vida eterna. — Replicó Máximo : Mejor dirias que, deseando mudar de marido, quieres que muera él luego. — Y Daria repuso : — Si tal sospechais hacedme morir á mí primero por Jesucristo. — Entonces Máximo, porque no tenia aun la órden de hacer morir á las mugeres, la mandó encarcelar inmediatamente.

3. Dirigiéndose luego á Nicandro, le dijo : — No deis oidos á las palabras de vuestra esposa, pues os costarian la vida. — Y añadió luego : — Os concedo tiempo para deliberar si os está mas á cuenta el vivir que el morir. — Respondió Nicandro : — El tiempo que me quereis dar, dadle por pasado : hecha está la resolucion : mi único deseo es salvarme. — Máximo exclamó entonces lleno de júbilo : — ¡Loados sean los dioses ! creyendo que Nicandro para salvar la vida queria sacrificar. Y Nicandro exclamó tambien : — ¡Loado sea Dios ! Partia ya alegre el gobernador creyendo haber obtenido victoria ; mas oyó entonces que Nicandro daba gracias á Dios y le rogaba en alta voz que le libertase de las abominaciones de este siglo. Atónito Máximo de aquella súplica, dijo á Nicandro : — ¡Como ! ¿hace poco queriais vivir, y ahora quereis morir ! — No, respondió Nicandro, no quiero morir, sino vivir eternamente, y por esto desprecio la vida presente de que me hablais ; ejecutad sobre mi cuerpo la potestad que se os ha dado : yo soy cristiano. Entonces el gobernador, dirigiéndose á Marciano le dijo : — Y vos, ¿qué

pensais hacer? — Y respondió Marciano : — Yo digo y quiero lo mismo que dice y quiere mi compañero. — Id pues á la cárcel, replicó Máximo, y preparaos para sufrir el castigo que mereceis.

4. Pasados veinte dias, los volvió á llamar y les dijo : — ¿Qué decis pues? ¿estais dispuestos á obedecer?— Y Marciano le contestó con ánimo intrépido : — No creais que vuestras palabras nos hagan volver las espaldas á nuestro Dios. Sabemos que Dios nos llama : y no nos detengais, pues, por mas tiempo : enviadnos pronto á aquel Dios crucificado que nosotros adoramos, y de quien vosotros blasfemais. — Y Máximo entonces dijo : — Ya que tanto deseais morir, morid de una vez. — Y Marciano le replicó : — Hacedlo luego, no porque nos intimiden los tormentos, sino porque deseamos unirnos cuanto antes á Jesucristo. — Y el gobernador exclamó : — Inocente soy en vuestra muerte ; no soy yo quien os condena sino las órdenes imperiales. Si estais seguros de pasar á mejor vida, yo tomo parte en vuestra alegría. — Y entonces los condenó á muerte, y dijeron los Santos : — Máximo, la paz sea contigo. — Y llenos de júbilo caminaban al martirio, bendiciendo á Dios.

5. Detras de Nicandro caminaba Daria su esposa, y un hijo suyo pequeñuelo que llevaba en brazos Papiano, hermano de otro mártir llamado Pasícrates. Cuando el mártir iba á ser degollado, Daria queria acercársele para darle ánimo ; y Marciano, tomándola por la mano, la presentó á Nicandro, el cual, como si se despidiese de ella le dijo : — La paz sea contigo. Mas ella, permaneciendo á su lado le animó con intrepidez heroica, diciéndole : — Regocijate, esposo mio, consuma tu sacrificio : mi consuelo es verte volar á la gloria, y me

tengo por dichosa en ser esposa de un mártir. Consagra á Dios el amor que le es debido, y ruégale que me libre tambien á mí de la muerte eterna.

6. Al contrario, detras de Marciano seguia tambien su muger con otros parientes suyos ; pero esta iba desgñada, rasgándose los vestidos y gritando : — ¡Ay de mí, Marciano ! ¿porqué así me abandonas? ten piedad de mí : ó tenla al menos de tu hijo. — Y Marciano la interrumpió con entereza diciendo : — ¿Hasta cuando te ha de cegar el demonio? Retírate, y déjame terminar el martirio. Mas la muger seguia en sus lamentos, hasta echársele encima, impidiéndole caminar. Entonces Marciano dijo á un fiel, que se llamaba Zotico : — Por caridad, detened, os ruego, á mi muger. — Y habiendo llegado al lugar del suplicio, le dijo á ella : — Retírate, por Dios te lo pido, porque estando poseida por el diablo, no podrias presenciar mi martirio. — Abrazó despues á su tierno hijo, y levantados los ojos al cielo exclamó : — Dios mio, Dios mio ! tomad bajo vuestro amparo y solicitud á este hijo mio ! — Por fin, Nicandro y Marciano, abrazándose, se dieron el beso de paz, y habiendo el verdugo vendado los ojos á los dos Santos, les cortó las cabezas. Los actos de este martirio se hallan tambien en la coleccion de Ruinart.

#### VI. LOS SANTOS JUAN Y PABLO.

1. Estos dos santos hermanos eran de Italia, de distinguida alcurnia, y muy adictos á la religion cristiana. Sucedió en su tiempo, que Constanza, hija de Constantino el grande, por haber curado de una grave enfer-

medad con la intercesion de santa Inés, resolvió entregarse á la devocion, y hacer voto de virginidad : y el emperador, para complacerla, dejándola vivir retirada en su mismo palacio, le destinó estos dos hermanos para servirla. Sobrevino entonces la entrada de los Escitas en la Tracia con un ejército formidable, y que para hacerles frente, escogiese Constantino á Galicano, que habia sido cónsul, y que por las muchas victorias obtenidas contra los bárbaros, era reputado por general de gran valor. Confióle pues Constantino el mando del ejército : pero Galicano no quiso aceptar el encargo sino con la condicion de que, al regresar con victoria, le diese por esposa la princesa Constanza, y el emperador se lo prometió.

2. Sucedió que en la batalla quedó casi deshecho el ejército romano, de modo que Galicano estaba á punto de huir ; pero habiéndole seguido en aquella guerra los santos Juan y Pablo le aconsejaron en aquel conflicto que hiciese voto de abrazar la fé de Cristo si salia vencedor. Galicano hizo el voto, y azorados como por prodigio los enemigos, depusieron sus armas y se entregaron á discrecion. Volvió despues á la corte Galicano, no ya con el designio de enlazarse con la princesa Constanza, sino con la resolucion de recibir el bautismo, y despues dejar el mundo para darse todo á Dios. Como en efecto se retiró á Ostia con san Ilarino, en donde hizo edificar un grande hospital, en el que se dedicó en persona al servicio de los enfermos que se presentaban. El emperador Juliano el Apóstata, que sucedió al gobierno del imperio, le mandó adorar á los ídolos, ó salir de Italia. Galicano se retiró á Alejandría en donde continuó su santa vida, y allí finalmente obtuvo la gloria

del martirio á los 25 de junio, en cuyo dia hace de él conmemoracion la Iglesia.

3. Entre tanto los santos Juan y Pablo habian regresado á la corte para servir á la princesa, y despues de su muerte, fueron mantenidos en sus destinos. Mas cuando Juliano subió al trono, y declaró la guerra á los cristianos, dejaron aquellos la corte, y se entregaron á la devocion en el retiro de una vida privada. Pero Juliano, informado de la constancia de los dos hermanos en promover la fé de Jesucristo, y de los auxilios que daban á los cristianos, mandó á Terenciano capitán de su guardia, les intimase de su parte que se presentasen en la corte á desempeñar sus empleos. Los Santos dieron por respuesta, que siendo ellos cristianos, no podian servir á un emperador, declarado enemigo de Jesucristo. Replicóles Juliano, que les daba diez dias de tiempo, dentro los cuales, si no se presentaban daba orden á Terenciano que les hiciese morir. Y respondieron los Santos que no solo diez dias pero que ni diez años bastarian para que ellos abandonasen su religion, por la cual estaban prontos á dar sus vidas.

4. Pasado el término de los diez dias, fué Terenciano á encontrarles en su propia casa, y llevando consigo una imágen de Júpiter, les dijo que se contentaba el emperador con que adorasen aquella pequeña estatua, y que otra cosa no queria. Llenos de horror aquellos Santos al ver aquel ídolo en su casa, esclamaron : — Ah, Señor, quitadnos de delante este abominable objeto. ¿ Quien puede desconocer que solo existe un solo Dios, y que todas estas falsas deidades no son sino impostura é impiedad? — Mirad, dijo Terenciano, que si no queréis obedecer, perdereis la vida. — Y entonces ponién-